

Autobiografía espiritual en la madurez de la vida. Teresa de Jesús en sus cartas

FRANCISCO JAVIER SANCHO FERMÍN, OCD
CITeS (Ávila)

RESUMEN: Acercamiento al epistolario de Santa Teresa de Jesús con el objetivo de evidenciar aquellos aspectos que forman parte de la vivencia interior de su autora, así como del proceso de crecimiento y maduración que va aconteciendo en la vida cotidiana. La plenitud de la vida mística no sólo no se aleja de la realidad, sino que encuentra su plenitud y desarrollo en la vivencia del cotidiano, con todas sus limitaciones, retos y problemas.

PALABRAS CLAVE: autobiografía, Teresa de Jesús, epistolario, madurez, cotidianidad, mística.

Spiritual biography in later life. Teresa of Jesus through her letters

SUMMARY: The purpose of this article is to examine the letters of St. Teresa of Jesus so as to shed light on those aspects which form part of the interior life of their author and on the process of growth and maturity in her daily life. Far from distancing the saint from reality, the fullness of the mystical life is achieved precisely in her daily living, with all of its limitations, challenges and problems.

Key words: Autobiography, Teresa of Jesus, letters, maturity, daily life, mysticism.

Acercarnos al epistolario teresiano es acercarnos a la vida concreta de una mujer, que aun viviendo en las cimas más altas del camino espiritual, tiene que desenvolverse en medio de su historia.

Es verdad que el epistolario teresiano¹ es muy rico en noticias, matices,... e incluso nos ayuda a comprender y tener una mejor percepción de la personalidad de Teresa, y de su manera de moverse y relacionarse en tantos ámbitos diversos de la realidad social y eclesial de su tiempo. Es un epistolario que, sin duda, nos ofrece muchos datos para enriquecer la biografía teresiana. Pero cuando hablamos de “autobiografía espiritual” las cosas se complican por diversos motivos. Aun cuando disponemos de un buen número de cartas, prácticamente la primera carta lo suficientemente amplia de las que se conservan, está fechada el 23 de diciembre de 1561. Hasta 1568 prácticamente no hay un grupo significativo de cartas. Y solo a partir de 1575 el conjunto de cartas conservadas comienza a ser verdaderamente representativo, tanto por el número de las mismas como por la variedad de destinatarios. Eso significa que el período biográfico de Teresa mejor representado en su epistolario se corresponde con los últimos años de su vida, es decir, entre los 60 y 67 años de edad. Esta sería la primera gran dificultad a la hora de perfilar una autobiografía espiritual teresiana desde el epistolario, que prácticamente quedaría reducida a su época de senectud.

Otra de las dificultades es que sólo en contadas ocasiones se presenta de manera explícita en sus cartas alguna referencia significativa de su vida espiritual. Ello nos ha incitado y obligado a ir más allá de la letra, para tratar de percibir de donde brota o qué significa el actuar de Teresa desde lo que ella interiormente está viviendo.

¡Es un límite evidente!. No obstante, el fruto de este estudio ha ido mucho más allá de lo que podría intuirse a primera vista. Aquí sólo perfilaré algunos de los aspectos que con mayor fuerza emergen en el epistolario teresiano en relación a la vida o vivencia de la autora. Ahora nos interesa descubrir la perspectiva “terrenal” de una mujer que ya vive en las cimas de la vida espiritual. Humano y divino se dan la mano en lo concreto de la vida. El epistolario sería así una lección de cómo llevar al realismo de la vida el ideal de la plenitud espi-

¹ Para citar las cartas de Santa Teresa, seguimos la edición del P. Tomás Álvarez (Monte Carmelo, Burgos 1997⁴). Habitualmente, para simplificar, citaremos dando el número de la carta y el párrafo, según la numeración de esta edición.

ritual. Y es en esa línea que emerge la autobiografía espiritual de Teresa en el epistolario.

1. VIVIR EN EL MUNDO DESDE LA PLENITUD DE LAS SÉPTIMAS MORADAS

Un dato central para abordar este tema es la relación de sus cartas con la etapa espiritual que vive Teresa. Ella tuvo la gracia del matrimonio espiritual el 18 de noviembre 1572², mientras era priora en el Monasterio de la Encarnación.

Su epistolario cuenta con un total de 486 cartas, incluyendo algunos fragmentos. De esas cartas, sólo 45 son anteriores a esta fecha, y salvo un par de ellas, todas son posteriores a la fundación de su primer convento de San José en Ávila (agosto 1562). Este es un dato más que significativo, puesto que la información que se va a desprender del epistolario teresiano estará muy relacionado con el vivir cotidiano de una mujer sumergida en Dios, pero no ausente de su propia debilidad, de su historia y de los condicionantes del mundo, y de una mujer que va creciendo en su conciencia de fundadora. Un espacio donde tiene que dar fruto el don recibido en el matrimonio, y donde se pone a prueba la autenticidad de su vida espiritual.

Esto nos ofrece un resultado fundamental y uno de los matices más enriquecedores y fascinantes del epistolario teresiano: que la mística acontece en el devenir de la vida cotidiana, y que las experiencias de Dios -por muy elevadas que estas sean- no alejan a su receptora de la realidad, antes la llevan a implicarse con todas sus fuerzas y energías.

Otro elemento importante que emerge de esta constatación, es que al tratarse de un epistolario circunscrito casi en su totalidad a la etapa de madurez humana y espiritual de la autora, estamos frente a una personalidad prácticamente ya formada, sin grandes alteraciones o altibajos en su modo de ser o de presentarse, y con ideas ya lo suficientemente claras y maduradas. Eso nos permite poder examinar el conjunto de las cartas como un todo. No obstante, la dimensión práctica

² Cf. Rel 35.

de la vida irá llevando a Teresa a cambiar en su modo de pensar y proceder en algunas cuestiones de carácter práctico, especialmente en lo que concierne al gobierno y organización de la vida de sus conventos.

De aquí surge otra gran lección teresiana, y es que nada se puede dar por acabado en la vida, y que todo es siempre susceptible de cambio, de mejora, de ser corregido: la experiencia, los errores, las circunstancias inesperadas, problemas no imaginables... todo va ayudando a forjar un modo de ver y actuar cada vez más sabio, ligado a la experiencia que solo acontece en el devenir de la vida.

Varias cosas emergen con certeza del epistolario teresiano, y que refuerzan la experiencia que supone el haber alcanzado el matrimonio espiritual: la seguridad de que Dios está siempre actuando en ella (7M 1, 7) y en los acontecimientos (cf. 7M 1, 9-10); su convencida configuración con Cristo (7M 2, 5); su renovado ser, a pesar de las múltiples limitaciones, enfermedades, faltas, errores (7M 4, 3); los retos que plantea la cotidianidad de la vida (7M 3, 3); la pasión por la Iglesia y la obra de Dios -“*ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas*”- (7M 2, 1); lo que implica para Teresa el “*ser espirituales de veras*” (7M 4, 8), cual entrega incondicional al servicio -“*en todo lo que puede y entiende que es servicio de nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra*”- (7M 3,3); sin que falte cruz (7M 3, 15) etc...; y una gran capacidad para comprender e iluminar el camino y las dificultades de los otros, especialmente en lo que se refiere a la vida interior y oración.

Sin pretenderlo, este estudio nos lleva a descubrir lo que Teresa designa como las consecuencias, frutos y/o efectos del Matrimonio espiritual, se van autenticando en la vida concreta. Bastaría con retomar una afirmación fundamental que Teresa misma nos regala en las 7M 4, 6: “*Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras.*”. El epistolario es la mejor demostración de la autenticidad de lo que Teresa vive y reflexiona en sus obras. O dicho de otra manera, la mística teresiana es para la vida y la misión.

2. EL ROSTRO ESPIRITUAL DE TERESA EN LAS CARTAS

Antes de adentrarnos en lo que podría ser la vivencia interior de Teresa tal como queda de manifiesto en sus cartas, sería muy interesante prestar atención al rostro espiritual y humano que ella transmite de sí misma. Emerge el rostro de una mujer valiente y aventurera, una mujer de gran afectividad (posiblemente uno de los aspectos que con mayor fuerza emerge en las relaciones epistolares de Teresa es su gran fuerza afectiva, el ser de una mujer de grandes amistades). Conciencia creciente de ser “fundadora”; una mujer verdadera, que fundamenta su vida y actuar en clave de autenticidad y veracidad; un gran sentido del humor; una preocupación coherente por la salud; y un largo etc...

Un aspecto de su rostro humano y espiritual en el cual sí quisiera detenerme brevemente, es que estamos ante una Teresa que adquiere una clara conciencia de ser

“por encima de todo, mujer”.

Teresa ha ido aprendiendo no sólo a aceptar su condición de mujer en medio de una sociedad con estructuras machistas, sino que sabe de su dignidad como persona. Se muestra siempre con un talante específicamente femenino: capaz de sentir, de alegrarse, de apenarse, tener miedos, muestra empatía con sus interlocutores, es sensible, con un talante maternal, sumamente detallista, agradecida (*“debe ser natural, que con una sardina que me den me sobornarán.”* (264) (cf. 29, 1; 58, 4; 67, 3; 135, 1).

Su condición femenina y su conciencia clara de ello, le sirven para comprender y ajustarse a la mentalidad y formación de las mujeres de su tiempo. Por eso Teresa aparece como “mujer entre las mujeres”: muy consciente de la posición que la mujer de su tiempo ocupa en el ámbito social y eclesial. No sólo en cuanto figura relegada y arrinconada, sino sufriente de una condición psicológica y afectiva, que es resultado de ese “infantilismo” al cual la sociedad y la religión tiene acostumbrada a la mujer. Teresa sabe ser una excepción en esta realidad, tanto por la formación que ha ido adquiriendo, como por la experiencia espiritual que le ha llevado a asumir su propia identidad de mujer y de individuo libre y responsable. También sabe que hay algunas pocas que se aproximan a ese prototipo, y a las cuales Teresa

coloca en lugares de centralidad dentro del organigrama de su reforma.

No extraña que Teresa en sus escritos ponga en evidencia algunos de los efectos negativos que los condicionantes sociales provocan en las mujeres de su tiempo y entre sus monjas³: las niñerías, el peligro de atarse demasiado a afectos y personas (incluso confesores), los peligros relacionados con la melancolía, o el resto de peligros que en el ámbito espiritual puede provocar la necesaria búsqueda de protagonismo, de saberse querida y aceptada, de sentirse importante, (la necesidad de afecto), etc... que la llevan más fácilmente a extremismos en ayunos, penitencias,... y favorecen las visiones, las extravagancias, etc... En el fondo Teresa reconoce la inmadurez psicológica y afectiva que afecta a una gran mayoría de las mujeres de su tiempo, fruto no de su debilidad mujeril, sino de unas estructuras sociales que durante siglos han impedido crecer a la mujer como tal y como individuo (y que han favorecido una estructura de subordinación y dependencia a todos los niveles).

Creo que ello nos da una clave para comprender muchas de las medidas que tomará Teresa en sus conventos: medidas o actitudes que a veces sorprenden frente a su propia libertad personal y su manera de comportarse que no es aparentemente consecuente con lo que “elige” para la mayoría de sus monjas⁴. La razón de todo ello, o

³ En el fondo en sus obras transluce ese conocimiento de la psicología diferente de la mujer, por ejemplo en relación a los afectos y amistades (cf. C 4, 6; en relación a las palabras de ternura entre mujeres, invita a ser “varones” cf. C 7, 8); “y a cosa tan flaca como somos las mujeres todo nos puede dañar” (C prólogo 3); y la mujer bien casada (C 22, 7); (C 26, 4: “Así como dicen ha de hacer la mujer, para ser bien casada, con su marido, que si está triste, se ha de mostrar ella triste y si está alegre, aunque nunca lo esté, alegre (mirad) de qué sujeción os habéis librado, hermanas”).

⁴ ¿Cómo una Teresa, que no deja de andar de acá para allá, acentúa tanto la clausura estricta? ¿Cómo ella que ha escrito tanto, prohíbe que algunas monjas se dediquen a escribir sobre su oración? ¿Cómo ella que ha tenido tantos confesores y mantiene una relación tan afectiva con Gracián, subraya que las monjas no traten demasiado con los frailes, y ni siquiera con el confesor? ¿Cómo pide el desasimiento fuerte de la familia, cuando ella mantiene con sus hermanos una relación tan cercana, incluso de enviarle a su hermana algunas ayudas, o manteniendo y criando a su sobrina Teresa en el convento? ¿Cuál es la razón de esta doble medida? ¿Por qué la sensación de que a la gran mayoría de sus monjas las trata como a niñas inmaduras?

habría que leerlo en clave de prepotencia, de complejo de superioridad de Teresa sobre el resto, o bien, como realismo frente a la condición -no deseada, pero real- en la que llegan las mujeres al convento⁵.

Como mujer experimentada, y que ha tenido que vivir en ambientes tan diferentes y tratar con hartas mujeres, tiene un muy claro conocimiento de la psicología de las mujeres y de lo que ello implica, especialmente en lo relacionado a la vida de los conventos (cf. 92, 2; 102, 8; 162, 9) “*¡No somos tan fáciles de conocer las mujeres!, que muchos años las confiesan, y después ellos mismos se espantan de lo poco que han entendido. Y es porque aun ellas no se entienden para decir sus faltas y ellos juzgan por lo que les dicen.*” (135, 7)

También lo demuestra de manera sutil en las normas que ella pone para sus monjas, que parecen estar orientadas en gran medida a controlar y educar las “debilidades femeninas”⁶. Todo ello necesitaría de un estudio ulterior mucho más amplio y profundo.

3. UNA VENTANA ABIERTA A SU INTERIOR

La manera de expresarse que tiene Teresa en sus cartas, aun cuando casi nunca habla de lo que acontece en su interior, nos da muestras más que suficientes para descubrir aspectos de lo que se sigue forjando en su interioridad: lo que ella vive, cómo lo siente, qué la sostiene, qué la preocupa...

⁵ Un análisis de su manera de pensar y actuar demuestran su apertura frente a la realidad que se le impone: le toca pelear con monjas que caen en extremos, a algunas las manda comer carne y no hacer tanta oración, a otras que no escriban sobre la oración, a otras que duerman y coman bien para evitar las visiones, a otras que no caigan en falsas humildades, a otras que se dejen de escrúpulos, que sean humildes... Incluso le toca lidiar con alguna monja diagnosticada como “enferma mental”... Por eso resulta curioso constatar que muchas de las normativas que Teresa pretende incluir en las constituciones están subordinadas claramente al control y educación de la “psicología femenina” característica de una época.

⁶ Un estudio comparado desde la psicología de la mujer en el siglo XVI podría ofrecer muchas luces sobre el porqué de muchas cuestiones que aparecen contradictorias en el epistolario teresiano en relación a la normativa de vida.

Algunas cuestiones que nos hablan sobre su dinamismo espiritual serían las siguientes:

a. Desde la unión con Dios aprender a confiar en Él solo

La profunda unión con Dios que Teresa siente, aun cuando no se manifieste casi nunca de manera explícita, emerge en otras actitudes o afirmaciones, que evidencian su conformidad con lo que va aconteciendo y que Teresa lee como venido de la mano de Dios: “¿*Qué le parece a vuestra señoría, cómo lo va ordenando Su Majestad tan a descanso mío?... que pienso se ha de servir mucho su Majestad en ello*” (16, 2). Teresa, mujer ya afianzada en la unión con Dios es muy consciente de que “*en toda parte podemos amar a este gran Dios*” (394, 3), y por eso nada la distrae de vivir la cotidianidad, con sus muchos trabajos, a veces sin disponer de tiempo para la oración, en esa dinámica que llena todo de sentido. Ni siquiera su debilidad y pecado son obstáculo para seguir caminando porque la experiencia le ha ido enseñando que “Dios no deja de perdonar” (102, 8).

Uno de los aspectos que con mayor fuerza parece afianzarse en su vida es el aprendizaje en la confianza. Se percibe esta realidad a través de tantos elementos que van apareciendo acá y allá en sus cartas. La eficacia de la oración, a la que tanto remite, es -sin duda- un confirmación de ello, tanto en la insistencia que ella expresa en su oración, como en la de los demás, como en afirmaciones explícitas al respecto: “No esté vuestra merced tan incrédulo, que todo lo puede la oración” (13, 4; cf. 29, 2;). “así es este mundo, que solo de Dios podemos fiar” (63, 5), o “se espantarían los trabajos que por acá tengo y negocios que me matan; mas todo lo puede Dios hacer” (464, 4; cf. 23, 4).

La confianza en Dios, en su voluntad, implicará aprender a aceptar la realidad con todos sus condicionantes (62, 2-3): “fie de Dios que es verdadero amigo” (346, 1).

Es un valor que Teresa descubre especialmente en las dificultades y contrariedades. Teresa ha ido aprendiendo que desde la confianza en Dios estas realidades aparentemente negativas son una señal cierta de que Dios no deja de acompañar y relativizar su obra (cf. 18, 4; 103, 4; 105, 2; “*todo lo ordena el Señor para mayor bien.*” 106, 5; 116, 1).

Es más, ve las dificultades como “*señal se ha de servir Dios mucho.*” (134, 4; cf. 432,1; 247, 3). Sólo hay que aprender a confiar en los tiempos del Señor (32, 2; 75, 1; 159, 5; 154, 4).

Confianza que emerge de la profunda experiencia de que sólo Dios es el verdadero amigo, el que busca el bien de las almas (194,4; 236, 3; 123, 2); aquel que se preocupa de mis cosas si yo me dedico a su servicio (23, 6) (cf. 408, 2-3)

b. Configurarse con Cristo en la vida

Otro de los valores inherentes a la vivencia del matrimonio espiritual es su profunda configuración con Cristo, lo que se manifiesta de una manera radical en su constante referencia al misterio de la cruz, y a la aceptación del mismo en la cotidianidad. Son múltiples las referencias personales, así como las invitaciones que hace a otros para vivir la radicalidad del amor de Dios en la propia vida (58, 2). Cruz que Teresa identifica con las dificultades inherentes a la vida, asumiéndolas con un espíritu de entrega (cf. 64, 2; 65, 2). También en esta perspectiva ve los trabajos que se le van presentando, con sus dificultades (cf. 77, 7; 96, 8). Para ella la cruz es, en definitiva, un regalo o don del mismo Dios (cf. 250, 3; 353, 1, 367, 1; 440, 2; 449, 4), una señal de que estamos trabajando por Él y no por nuestros intereses (310, 1; 329, 2). Por eso es un misterio que encierra grandes tesoros (254, 9), y como Pablo se gloría de ello (cf. 279; 282,1; 283, 2). Otros ejemplos de todo ello son numerosos en sus cartas: la cruz en relación con la persecución (265, 2); el verse calumniada (269, 6); y siempre con la disposición interior a acoger con ánimo la cruz (cf. 284, 1-4; 285, 1; 286, 3; 287, 1-2; 289, 2-3); que es el sustento para el alma (292, 7; 304, 2; 309, 4).

c. Del amor de Dios al amor al prójimo

En sus obras Teresa siempre señala que la autenticidad del progreso en la vida espiritual no está en los fenómenos o sentimientos sufridos, sino que el verdadero amor a Dios se muestra en el crecimiento en el amor al prójimo. Su epistolario también se hace eco de esta realidad, y así lo propone también a sus hijas (294, 8), asumiendo en la vida el mandato evangélico de devolver bien por mal (294, 9).

En este dinamismo podemos entender las preocupaciones teresianas por situaciones externas concretas, como el peligro de que pueda estallar una guerra (305, 3. 7), la preocupación por las injusticias y desdichas (24, 13); por las injusticias cometidas con las monjas de la Encarnación (232, 4), o el ver gente engañada (89, 2).

Teresa está convencida de que el amor al prójimo exige grandes sacrificios (cf. 172, 12), pero quien se empeña en ello es capaz de superar los obstáculos (“a quien de veras ama a Dios no le estorba a nada” (84, 3; cf. 130, 3). Al final ese es el verdadero objetivo de la vida para Teresa (98, 12)

De los muchos trabajos vividos conforme con Dios, se fortalece el amor y se contagia a los demás⁷.

d. Ser fiel al servicio del Señor

Amor a Dios y amor al prójimo se dan la mano en la preocupación por ser fiel al mandato del Señor, tanto en su vida personal como en la obra que sabe tiene encomendada⁸: “Hase hecho cuanto se ha podido en el caso; y como ello sea cosa que toque en agradar a Dios, hún-dase el mundo.” (151, 4-5)

Esa fidelidad implica en la mente de Teresa el asumir en su propia vida la dimensión pastoral que siempre acompaña su obra fundacional, ese hacer algo por el Señor (117, 6) (cf. 16, 2; 17, 1). Si bien es cierto que Teresa considera que un elemento principal es el testimonio de vida personal y el de sus monjas, no se reduce únicamente a ello (cf. 231, 2). Un ejemplo sorprendente acompaña la fundación de Malagón, donde la preocupación pastoral va más allá de la vida interna del convento, y que haya quién pueda ayudar en la educación catequética del pueblo⁹.

Esta preocupación interior de hacer el bien y de servir al Señor la lleva a aprender a relativizar otras cosas, pero siempre en virtud del

⁷ “... que ya con esto comienza nuestro Señor a que el fuego que pone en su alma de amor suyo vaya encendiendo a otras. Por eso vuestra señoría se me esfuerce; mire lo que pasó el Señor este tiempo. Corta es la vida, un momento nos queda de trabajo.” (19, 3).

⁸ A don Lorenzo de Cepeda, Ávila, 23 diciembre 1561, 2.

⁹ A Doña Luisa de la Cerda, Malagón, 27 mayo 1568, 6.

valor central: el servicio del Señor: “*es tanto el provecho que hacen estas casas en el pueblo que están, que me encargan la conciencia haga las que pudiere*”¹⁰ (cf. 72, 3).

La preocupación pastoral teresiana es constante y sus deseos de llegar a muchos aparece también en relación con sus escritos, especialmente con el libro de la Vida¹¹. Hay claras referencias a su intento porque la obra sea publicada, y así lo da a entender (14, 2)¹², consciente de que esas páginas pueden “aprovechar a muchas almas; que a mí ¿qué me va por otra cosa? La gloria de mi Señor quiero y que haya muchos que le alaben, y querría cierto conociesen mi miseria.” (88, 11)¹³. La misma intención pastoral aparece entre las motivaciones interiores para escribir las Fundaciones (128,5; cf. 138, 1)¹⁴.

e. Necesitada de apoyo espiritual

“*¡Oh Jesús, y qué cosa es entenderse un alma con otra, que ni falta qué decir ni da cansancio!*” (170). Aún en medio de la seguridad que le da su vivencia espiritual, Teresa siempre se ve necesitada de un director espiritual que la guíe y acompañe (34, 5; 89, 5). Sin olvidar recomendarlo a los demás y lo importante que es el que sean letrados (152, 3).

¹⁰ (Carta 24) A don Lorenzo de Cepeda, Toledo, 17 enero 1570, 7.

¹¹ A Dña. Luisa de la Cerda, Malagón 18 de marzo 1568, 3.

¹² Curiosamente Teresa no se hace eco de las otras recomendaciones que en esa misma carta afirma Juan de Ávila: “Cuando acepté leer el libro que se me envió, no fue tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él como por pensar que podría yo, con el favor de Nuestro Señor, aprovecharme algo con la doctrina de él... El libro no está para salir a manos de muchos, porque ha menester limar las palabras de él en algunas partes; en otras, declararlas; y otras hay que al espíritu de vuestra merced puedan ser muy provechosas, y no lo serían a quien las *siguiese*...” Carta de Juan de Avila a Teresa de Jesús, reproducida por el P. Tomás Álvarez, *Nota Histórica. Anexo al volumen II del Libro de la Vida* (ed. facsímil), Burgos 1999, p. 628.

¹³ (Cf. 177,19 -donde incluso habla de la posibilidad de ampliarlo-, 185, 8; 294, 7; 324, 9; 415,1 -donde lo titula como “el libro de las misericordias de Dios”-, 419, 1).

¹⁴ También hay referencias a Moradas (412, 8) y a Camino de Perfección, cuya intención es que pueda ser publicado en vida de la autora (cf. 305, 1).

No se trata sólo de una “exigencia” personal, tantas veces ligada a la necesidad de apoyo y consejo y de saberse acompañada y comprendida (117, 1. 4.5), sino que para ella es un camino de libertad para afianzarse en la voluntad de Dios (cf. 88, 10.16).

f. Consciente de su debilidad y limitaciones

Pero quizás la razón más profunda del porqué de la necesidad de tener quien la acompañe y comprenda, emerge de la aceptación de su propia condición limitada y débil de la que es muy consciente. En ningún momento parece esconderla, y así reconoce su timidez, sus escrúpulos (96, 1), sus miedos interiores, el sentirse desamparada y necesitada de encontrar con quién desahogarse, etc (cf. 53, 2; 68,5). Especialmente parece que le asaltan los escrúpulos de ir contra la obediencia (80, 3), temores (cf. 106, 9; 141, 1) y miedos ligados a la Reforma (145, 5;239, 2).

Entre sus otras limitaciones también reconoce haberse dejado llevar por la soberbia y acepta su parte de culpa (249, 1). También es capaz de reconocer sus errores (316, 4; 319, 6). Al final ella misma sabe valorar incluso la dimensión positiva del error aceptado y reconocido: “errando se viene a tomar experiencia” (331, 8). Lo que no le gusta es que la tengan por más de lo que es, ni a ella ni a su obra (35, 2).

No obstante su debilidad confesada, también tiene la suficiente claridad como para no escandalizarse de cosas o situaciones que a otros podrían hacerles perder el rumbo, sobre todo lo relacionado con cuestiones sexuales (83, 6; 177, 7; 182, 5), o de saber gozar con los bienes que recibe, tanto espirituales como materiales: “He dado muchas gracias a nuestro Señor. No sé si será mucha perfección tanto placer en cosa temporal” (215, 1).

g. Libertad interior

Otro de los efectos característicos del progreso en el camino espiritual es la libertad interior, en la que Teresa misma insiste, constando que sigue creciendo (68, 4) (cf. 143, 5). No se trata de un simple sentimiento, sino que las circunstancias de la vida, especialmente las más difíciles, van poniendo a prueba su libertad interior frente a la

marcha de los acontecimientos (230, 3). Y así cada vez va sintiéndose con mayor libertad para expresar lo que piensa (125, 15). Ella misma va descubriendo que esa libertad frente a como terminen desenvolviéndose los acontecimientos, surge de su confianza profunda en Dios, y de la buena conciencia que emerge de saber que todo lo hace guiada de su mano, porque “debo más a Dios que a nadie” (135, 1; cf. 105, 5; 143, 5), y por eso en la medida de lo posible nunca actúa contra su conciencia, a pesar de que las circunstancias a veces condicionen (cf. 425, 1-2).

También la libertad es fruto del desasimiento en el que siempre Teresa ha venido insistiendo en sus obras, y sin el cual no deja de haber muchos inconvenientes (cf. 142, 3-4; 342, 3). Posiblemente esta libertad que se va afianzando en Teresa, la va confirmando aún más en la necesidad de llevar el alma con suavidad en la vida espiritual (69, 4).

La libertad interior se manifiesta también en el modo de relacionarse con lo material y los dineros. Aun cuando Teresa es sobria siempre para consigo misma, salvo necesidad, sabe valorar lo material y la utilidad de los dineros, no solo en la acomodación de sus fundaciones, sino también en el manejo cotidiano de los mismos, que le dan cierta libertad para actuar en algunos temas, que de otro modo, le daría escrúpulo: en la dinámica de lo que podríamos designar como una visión liberadora de los bienes económicos, pero en virtud de Dios (cf. 23, 3). El negocio de las fundaciones le ha dado mucha experiencia en esos campos: “... que no hice poco yo entender estos negocios, y estoy tan baratona y negociadora que ya sé de todo con estas casas de Dios y de la Orden” (24, 5).

h. Visión práctica y concreta de la vida espiritual: consejos

Si bien el epistolario teresiano no se caracteriza por ser un espacio donde tratar muchas cuestiones de la vida interior, lo cierto es que no deja de haber consejos de una gran validez para el camino de la oración y la vida espiritual. Su valor está precisamente en que van a lo concreto y personal. No se trata de principios ideales, sino de cómo orientarse frente a las dificultades concretas que surgen en el camino.

Desde la perspectiva autobiográfica lo que emerge con mayor fuerza es cómo su propia experiencia espiritual (249, 2) le sirve para ayudar a los otros e invitarlos a ir a lo esencial: así por ejemplo, recordando el gran valor de la oración para la vida (162, 5), el necesario cultivo de la libertad interior sin la cual todo amenaza con dañarse, incluso la salud física (19, 2). También hay consejos muy valiosos sobre la vida de oración en relación a la importancia de las virtudes, las obras y el amor (136, 4-6), la humildad (188,4), los grandes bienes que de ahí emergen (217), y su eficacia como “arma” (128, 5). Y aunque prácticamente el tema de las gracias espirituales no ocupa el interés de sus caras, sí que hay mención explícita a una de sus visiones relacionada con un alma liberada del purgatorio (140) y unos arrobamientos que le están haciendo sufrir bastante por darse en público (177, 3-4).

Teresa aparece, además, como conocedora de los entresijos de la vida interior, de las dificultades y tentaciones que pueden emerger en el camino y cómo comportarse ante ello (143, 8) (153, 2). Así tiene válidos consejos contra las sequedades y malos pensamientos (351, 2-3), las distracciones (409, 2), de la necesidad de afianzarse en el desasimiento (449, 1-2), y otros consejos prácticos (cf. 172, 177, 182, 185). Advierte lo peligroso que puede ser la tentación de pretender darle a Dios más de lo que somos capaces, haciendo promesas incumplibles (172, 9) o cayendo en excesos de penitencias u otras cosas. La suavidad y moderación, es decir, el sentido común, junto con la obediencia son los mejores antídotos.

Un consejo que me parece central en el dinamismo espiritual: *“Siempre vaya vuestra merced entendiendo las mercedes que recibe de su mano para que vaya creciendo lo que le ama, y déjese de andar mirando delgadeces de su miseria, que a bulto se nos representan a todos hartas, en especial a mí.”* (409, 1) .

i. Deseos de soledad

Una de las disyuntivas que la misma Teresa expresa en sus Exclamaciones, como el espacio donde encontrar consuelo frente a la imposibilidad de poder gozar totalmente de su Amado, es la soledad (cf. E 16). Con el tiempo fue aprendiendo que lo importante no era eso, sino disponer de la vida para servir al Señor en lo que se presen-

tase, como el camino para unirse más plenamente con su voluntad. No obstante, los ajetreos que trajo consigo la obra fundacional (caminos, viajes, tratos, negocios, infinidad de cartas,...) prácticamente impiden que durante largas temporadas Teresa no pueda satisfacer ese deseo natural de soledad (75, 2): Le falta el tiempo para ello y para descansar, pero le “descansa” la certeza de saber que todo es en favor de servir más al Señor (115, 6).

A veces es tentación connatural, y otras una necesidad imperante, sobre todo cuando su vida es malentendida: “*Cierto, es una de las cosas que me cansa en la vida y que mayor trabajo es para mí, y ver que sobre todo esto se tenga por malo. Hartas veces he pensado cuán mejor me estaría estarme en mi sosiego, a no tener un precepto del general...*”. Pero saber que todo es por el Señor le hace vivir la soledad o los trabajos como si se tratase de la misma cosa: “hacer su voluntad” (79, 7).

Esa conformidad y unidad de vida que permea el espíritu de Teresa se manifiesta con rotundidad cuando, con el ánimo de castigarla, quieren mandarla recluirse en uno de los monasterios fundados. Para ella es una “buena noticia” (98, 4), “*porque, aun entendiendo por la vía que viene, me ha dado harto consuelo poder estar en mi sosiego*” (102, 11-12) (cf. 128,3). Le encanta ser una “desconocida” y pasar desapercibida (320).

j. Deseos de plenitud total: preparada para acoger la muerte

Junto con el deseo de soledad, la nostalgia de infinito, o de eternidad, es una constante evidente en la vida de Teresa. Si bien esos deseos junto con el de la soledad, se fueron apaciguando en su vida espiritual, lo cierto es que en el epistolario emergen nuevamente, aunque desde una clara aceptación de la realidad y de una manera pacífica. Simplemente sus deseos de algo más la han llevado a relativizar todo lo que antes le daba contento, porque no pueden saciarse sino con Dios (cf. 76, 1; 77, 5). Teresa ha ido madurando en una visión más positiva de la muerte (38, 5).

Lo cierto es que Teresa va perdiendo el miedo a la muerte (340, 3) y se siente dispuesta y preparada para acogerla en cualquier momento, confiada en ser acogida en las manos del Padre (156, 2). Y aunque

no esconde sus deseos de irse a la casa del Padre (83, 8), acepta gozosa el poder seguir gastando el tiempo en servirle (105, 12)

CONCLUYENDO:

Estas anotaciones que emergen del epistolario teresiano no son más que una breve síntesis de toda la riqueza que encierran las cartas. Apenas hemos conseguido perfilar las características de una mujer que, a pesar de vivir anclada en la cima del matrimonio espiritual, la autenticidad de su mística, de su doctrina, de su experiencia de Dios, se van realizando en la cotidianidad de la vida.

La grandeza de la mística teresiana se radica posiblemente ahí: en la simbiosis perfecta entre lo humano y lo divino, entre la vivencia espiritual y la realidad concreta. Ambas realidades se iluminan y se ayudan a un mismo fin: crecer en el amor.

Y es la vida con sus retos y dificultades lo que da autenticidad a la mística. Pero también es la experiencia de Dios la que ayuda a asumir la vida en una dinámica capaz de seguir enriqueciendo a la persona. El camino se complementa. Nada se puede dar por concluido ni por terminado. Teresa nos enseña a no asirnos a nada, a dejar que el Espíritu -en la vida y a través de la vida- siga enriqueciendo e iluminando nuestro modo y manera de “servir al Señor”.